
*Juan José López
Barranco*



El Rif en armas

La narrativa española
sobre la guerra de Marruecos
(1859–2005)

Colección dirigida por Santos Sanz Villanueva

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PALABRAS PREVIAS | 5 |
| 1. NOTICIA DE LOS CONFLICTOS MILITARES DE ESPAÑA EN MARRUECOS | 7 |
| 2. LAS GUERRAS DE MARRUECOS Y LA NARRATIVA DE FICCIÓN | 37 |
| I. Los precursores. Campaña de 1859-1860 | 39 |
| La novela | 40 |
| El relato breve | 56 |
| Los testimonios no novelescos | 61 |
| II. Dos campañas de tránsito: 1893 y 1909 | 67 |
| La guerra de Margallo | 68 |
| El Barranco del Lobo y algo más | 74 |
| III. Del protectorado a la pacificación | 94 |
| 1. La Legión | 95 |
| 2. El amor en la guerra | 121 |
| 3. El hombre en la guerra | 148 |
| 4. Descripciones de ambiente militar | 200 |
| 5. El rifleño | 218 |
| 6. Los Episodios nacionales | 233 |
| 7. Humor, parodia y sátira de la guerra | 252 |
| 8. Melilla | 268 |
| 9. Biografías noveladas | 280 |
| 10. Miscelánea temática | 294 |
| 3. DIMENSIÓN LITERARIA DE LA NOVELA SOBRE LA GUERRA DE MARRUECOS | 329 |
| 4. MEMORIA DE UNA GUERRA | 339 |
| NOTAS | 359 |
| BIBLIOGRAFIA | 362 |

PALABRAS PREVIAS

*Para Loli y para
mi madre*

Los pretéritos enfrentamientos bélicos de España en Marruecos, aquellos que se inician con la Guerra de África (1859-1860) y –tras la alternancia de periodos de paz, clama tensa, refriegas menores y contiendas en toda regla– concluyen con la pacificación del Protectorado en 1927, marcaron el devenir de la vida nacional durante algunos años de la segunda mitad del siglo XIX y, con más nefastas consecuencias, los de la primera parte del XX. De todo ello ha ido dejando puntual y hasta exhaustiva constancia la historiografía, que en su calidad de fedataria del pasado nos ha brindado hasta el día presente una muy abundante bibliografía.

El ámbito de lo literario, que a la postre no suele ser ajeno a casi ningún acontecer político o social, y más si éste llega a alcanzar los niveles de conmoción popular que algunos de esos conflictos produjeron, tampoco se ha quedado atrás en la evocación de tales sucesos. Así lo prueban las múltiples obras, en especial, novelas, cuentos y relatos de casi cualquier medida y condición que han bebido en las fuentes de aquellas guerras para recrearlas desde la perspectiva que les es propia: la imaginación y la fábula. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en el terreno de la erudición histórica, tal caudal creativo no ha suscitado hasta ahora demasiado interés por su estudio y análisis: alguna visión de conjunto con un enfoque más sociológico que literario y, eso sí, abundantes comentarios y estudios parciales dedicados a algunos títulos señeros, aquellos que por la reiteración con que han venido saltando de unos volúmenes de crítica e historia de la literatura a otros han quedado fijados en la memoria colectiva casi como ejemplares únicos.

He aquí la razón de ser del presente estudio: ordenar y analizar el profuso y heterogéneo conjunto de relatos bélicos que, dentro del género imaginativo o de ficción, han venido perfilando el retrato literario de aquellas guerras. Un largo viaje de carácter monográfico a través de la narrativa en lengua española, iniciado con el seminal y tardorromántico *Diario de un testigo de la guerra de África* de Pedro

Antonio de Alarcón, con paradas sucesivas en casi todos los movimientos estéticos y modos posteriores de novelar, y probablemente aún hoy inconcluso, a tenor de los no escasos títulos que de nuevo han recreado aquellos sucesos en nuestra más estricta contemporaneidad. Diríase incluso que vivimos un momento de renovado ímpetu evocador, donde al testimonialismo de lo inmediato, a la expresión de la rebeldía necesaria o a la simple voluntad de obtener fácil provecho de las circunstancias –motivos que movilizaron múltiples plumas en otras épocas– han seguido afanes propios de la novela de nuestros días: tornar la vista hacia el pasado en busca de asuntos novelables para, a menudo, mezclarlos luego con la intriga o la aventura en cócteles donde, con mejor o peor fortuna, las viejas esencias se funden con licores –brebajes, a veces– más recientes para ofrecer sabores al gusto de los nuevos lectores.

Bienvenidos sean, en cualquier caso, pues vienen a sumarse a una apenas divulgada pero ya larga tradición en las letras españolas.

EL AUTOR

1. NOTICIA DE LOS CONFLICTOS MILITARES DE ESPAÑA EN MARRUECOS

El 10 de julio de 1927, el general Sanjurjo, a la sazón Alto Comisario de España en Marruecos, tras haber reducido los últimos focos de resistencia marroquíes emite un comunicado oficial que da por concluidas las operaciones militares en el vecino reino. Termina así una guerra que, salvo breves periodos de inactividad, había perturbado la vida española de los últimos dieciocho años. Se cerraba uno de los más estériles capítulos de la reciente historia del país. En las áridas tierras del Rif, Gomara y Yebala habían quedado enterrados miles de jóvenes españoles muertos en campaña y miles de millones de pesetas detraídos de la escasa hacienda nacional. A cambio, España podía ser considerada ya como una potencia colonial menor, que había sido capaz de pacificar el exiguo territorio marroquí que las potencias mayores le habían encomendado como zona de protectorado unos años antes, y contaba con una bien engrasada maquinaria militar, acostumbrada a la dureza y crueldad de una guerra colonial, que poco después daría sus frutos en una guerra civil.

No había sido éste el único conflicto armado, aunque sí el más largo y sangriento, que España había mantenido en Marruecos. La primera confrontación de la edad contemporánea se remonta a 1859. En ese año, uno de los no muy infrecuentes incidentes fronterizos entre la cabila de Anyera y la guarnición militar de Ceuta se amplificó en España de manera artificial e injustificada, llegando a desencadenar una intervención armada en toda regla del ejército español en el vecino país, aquella que la historiografía ha venido designando como «Guerra de África»¹. La declaración formal se produjo el 22 de octubre de 1859, y desde ese momento el país se sumió en una euforia colectiva de índole militarista y religiosa. Todos los grupos políticos con representación en la Cortes, excepto los carlistas, apoyaron la decisión gubernamental y se avinieron a una tregua en sus disputas mientras durase el enfrentamiento. La prensa también aplaudió con entusiasmo y excasas deserciones la decisión. A esto habría que sumar la multiplicidad de actos y manifestaciones colectivas e individuales que por doquier surgieron en pro de la guerra, incluido el ofrecimiento de las joyas reales por parte de Isabel II para contribuir a la financiación de la campaña. Todo esto empujó el

ánimo nacional hacia un sentimiento belicista proclive a considerar lo que se avecinaba una suerte de epílogo de la Reconquista. En este sentido, comenta García Figueras, autor poco sospechoso de mantener actitudes antibelicistas: «El asunto se desenfocó completamente. Se dio a aquella guerra el carácter de una cruzada, se recordó a Isabel la Católica, a Cisneros, a Carlos V, al Imperio Español» (1961, p. 144).

El general O'Donnell, a la sazón presidente del Consejo e instigador del conflicto, con el que pretendía aunar contrarias voluntades políticas y distraer la atención de los graves problemas internos que padecía la nación, dirigió personalmente la campaña como comandante en jefe del ejército expedicionario. Dado que no era una guerra de conquista, sino de castigo y de reparación del honor patrio, las actuaciones ofensivas españolas duraron hasta que el sultán solicitó la paz a España. Por medio quedaron acciones que la opinión pública, exacerbada por el arrebato de los cronistas y de un gran número de espontáneos juglares que alimentaron sus lirias con el conflicto, grabó en su memoria como grandiosas epopeyas militares del ejército español: el ataque de los marroquíes durante la misa de campaña del día de Navidad, la batalla de los Castillejos y el heroísmo de Prim, la toma de Tetuán o la batalla de Wad-Ras².

El 26 de mayo de 1860 se canjearon en Tetuán las ratificaciones de paz entre ambas naciones, con lo que se daba por terminada la contienda y restaurado el honor de España, dado que éste había sido el motivo esgrimido para desencadenarla.

La resaca llegó cuando aún el fin de fiesta no había concluido. La más profunda división política entre los españoles de aquella época volvía a surgir con el levantamiento carlista en San Carlos de la Rápita, acaecido cuando todavía el ejército expedicionario se encontraba en Marruecos. Con posterioridad habría que afrontar el coste de esta aventura. Por un lado, el económico, pues la cantidad entregada, lenta y tardíamente, en concepto de indemnización por el sultán derrotado no compensaba los gastos habidos. Por otro, los siete mil muertos en campaña –más producidos por el cólera que por la propia acción del enemigo (Payne, 1977)– resultaban un precio de absoluta desproporción para los logros obtenidos, que en la práctica quedaron reducidos a una ligera ampliación de los territorios limítrofes con las plazas de Ceuta y Melilla, algunos beneficios comerciales y un efímero prestigio. Con razón se la llamó entonces «la paz chica de la guerra grande».

El mundo del arte, en todas sus manifestaciones, lejos de permanecer al margen del conflicto se implicó decisivamente en él, y si bien no consiguió demasiadas obras que hayan quedado en el acervo cultural

patrio, si contribuyó a insuflar un sentimiento belicista —o un veneno, en palabras de otros (Carabaza Bravo y Santos Tirado, 1992)— en la opinión pública, que durante algo más de seis meses vivió en un estado de quimérica euforia, olvidando los problemas que corroían a una sociedad pobre, atrasada y dividida por enfrentamientos internos. Bien de forma ingenua y espontánea o premeditada y dirigida, un nutrido grupo de creadores se puso al servicio de los ideólogos y directores de una guerra que, contemplada desde el presente, hay que considerar cuando menos absurda, fruto del miope egoísmo de Leopoldo O'Donnell.

Tras unos años de calma, la situación volvió a crispase en Marruecos durante el año 1893. El tratado con el que había concluido la guerra de 1859-60 permitía a España ampliar los límites territoriales en torno a Ceuta y Melilla como medida de seguridad para estas dos plazas. A finales del verano de 1893, el general Margallo, gobernador militar de esta última ciudad, había comenzado —siguiendo instrucciones del gobierno— la construcción de una red de pequeñas fortificaciones de carácter defensivo en las inmediaciones de la urbe. Uno de estos fortines se empezó a levantar en Sidi Auriach, lugar considerado sagrado por los cabileños vecinos. Protestaron ante Margallo, que no paralizó las obras. La respuesta consistió en derribar las edificaciones que se estaban realizando y en atacar y hacer huir posteriormente a los trabajadores que se ocupaban de ellas, entre quienes se produjeron algunos heridos. Fueron inútiles los intentos por reanudarlas debido a la hostilidad de los rifeños, que hicieron frente a las tropas militares. Se inició así una escalada bélica en la zona. El propio gobernador militar se puso al frente de una columna en uno de esos intentos por acabar con la resistencia cabileña y fue abatido por un disparo que le produjo la muerte el 28 de octubre. Ante la incapacidad del sultán para imponer la autoridad a sus súbditos, España comenzó a enviar tropas hasta reunir un ejército expedicionario de más de veinte mil hombres al mando del general Arsenio Martínez Campos. Este despliegue de fuerzas resultó casi suficiente por sí mismo para disuadir a los rifeños y, tras algunas acciones de cierta envergadura en los días siguientes, la situación volvió a recuperar la calma, quedando reducida, a partir del 3 de noviembre, a ligeras escaramuzas de escasa importancia. El día 31 de marzo de 1894, cuando ya hacía tiempo que habían cesado las hostilidades y una gran parte de las fuerzas expedicionarias habían sido repatriadas, se dio oficialmente por finalizada esta campaña que en adelante sería conocida como «Guerra de Melilla» o «Guerra de Margallo», en acepción más popular³.